

TERRA NOVA

Antología de ciencia ficción contemporánea

Selección de Mariano Villarreal y Luis Pestarini



Ocho autores internacionales demuestran que la ciencia ficción no ha perdido su garra ni su capacidad especulativa, y que es la narrativa que más y mejor trata de las preocupaciones, desafíos y problemas que afectan a nuestra sociedad actual. Desde la extrapolación y la metáfora del futuro, analizan y diseccionan una realidad en continuo cambio.

A todos aquellos que apoyaron este proyecto desde sus inicios y nos permitieron soñar aún más alto: Kaesar, Joseba B., Luis Alfonso, Andoni, Joseba S., Lola, Luisa María, Nacho, Ricardo, José Manuel, Pedro, Luis y resto de amigos de la tertulia de ciencia ficción de Bilbao (TerBi). Muchas, muchas gracias.

Y a todos los escritores, traductores, artistas, colaboradores y demás amigos que nos han acompañado en esta larga travesía ofreciendo lo mejor de sí mismos. Os vamos a seguir necesitando, ojalá que durante mucho tiempo.

Presentación

El rasgo característico de nuestro tiempo es el cambio. No solamente el cambio tecnológico, sino uno más profundo que recorre desde los modos de relacionarse a los tiempos biológicos. La ciencia ficción surge cuando el ser humano advierte que su mundo no es estático, que nace y muere en mundos distintos, diferenciados por la incorporación de nuevas herramientas y máquinas que primero afectaron a los modos de producción y luego a la vida cotidiana. Con estos cambios surgió la noción de progreso y de ahí a la pregunta seminal de la ciencia ficción: ¿qué nos depara el futuro?

Ciencia ficción es un rótulo para agrupar obras con iconografía y temática ya convencionales (otros mundos, otros seres, el futuro) que ocultan en sus pliegues intereses más complejos y elusivos. Si el robot supo derivar en el interrogante filosófico sobre qué es el hombre, y los viajes espaciales se convirtieron en un paisaje de la mente, es porque la naturaleza de la ciencia ficción es dinámica y se inquiere constantemente sobre los cambios y sus implicaciones. Es arriesgado hablar de rasgos de la ciencia ficción como si estuviéramos ante un *corpus* homogéneo, con ideas compartidas, pero al menos podemos afirmar que ese núcleo duro que tiene como virtud la especulación y la indagación sobre los cambios y sus consecuencias sobre el hombre, es el que otorga sentido a esta antología.

Además, en el seno de la ciencia ficción hay una tensión que se expresa ya desde el nombre: la contraposición entre ciencia (objetividad, racionalidad) y ficción (subjetividad, re-

lato, mito). Esta tensión refleja un conflicto central de la cultura occidental que se manifiesta a través de una profunda incompreensión entre los mundos de la ciencia, la investigación y las «ciencias duras», y el de las humanidades y las artes. En la zona franca que hay en las fronteras entre estos dos mundos es donde extiende su territorio la ciencia ficción, en particular sus formas más cercanas a la prospectiva y la especulación.

La autonomía y la libertad que ofrece la ciencia ficción permitió que los habitantes de ambos mundos pudieran coexistir sin incomodarse, generando un caudal de literatura que, en sus cumbres, permite reunir lo mejor de ambos mundos: maravilla, indagación de cuestiones morales, especulación contrafáctica, reflexión sobre la condición del hombre y la realidad, y sobre las innovaciones tecnológicas y científicas.

Vale señalar, además, que hoy se puede advertir un intenso proceso por el cual las obras de ciencia ficción están perdiendo sus signos distintivos externos. Es decir, ya sea en la presentación de los libros o en sus contenidos, cada vez más se elude una identificación con la ciencia ficción como género editorial. Aquel fenómeno tuvo su auge en los Estados Unidos durante el siglo pasado, pero ha confluído y transformado la literatura en general. No es casualidad que novelas como *La chica mecánica* de **Paolo Bacigalupi**, *La carretera* de **Cormac McCarthy**, *La mujer del viajero del tiempo* de **Audrey Niffenegger**, *Nunca me abandones* de **Kazu Ishiguro**, *El sindicato de policía yiddish* de **Michael Chabon**, *El cuento de la criada* de **Margaret Atwood** o *El mapa del tiempo* de **Félix J. Palma**, sean leídas hoy al margen de portar o no una etiqueta genérica.

Terra Nova: antología de ciencia ficción contemporánea pretende ser un espacio para difundir este tipo de ciencia ficción en su formato breve; cuentos y novelas cortas que hoy día tienen difícil acomodo en libros o revistas. Así, buscamos promover la producción de un tipo de ficción carac-

terizada por su calidad especulativa y literaria, de relatos que indaguen sobre estas cuestiones sin perder de vista que la narrativa debe ser atractiva como lectura. Y potenciar, especialmente, a los autores que escriben originalmente en castellano.

Para esta convocatoria hemos recibido 190 relatos escritos en español, a los que debemos sumar las decenas de cuentos leídos en inglés. El resultado es esta selección que, creemos, sobresale de lo común: ocho relatos que avanzan sobre nuevos territorios con originalidad, intensidad y belleza, estimulando al lector para que amplíe su horizonte de percepción.

LUIS PESTARINI
MARIANO VILLARREAL

EL ZOO DE PAPEL

Ken Liu

Ken Liu es un escritor norteamericano de origen chino cuya identidad cultural mestiza queda patente en buena parte de su producción literaria. Su ficción (no sólo escribe fantasía y ciencia ficción, también cuentos realistas y poesía) posee además un fuerte componente humano y especulativo, lo que supone el contrapunto ideal al estilo más racional y estoico de Ted Chiang, cuyo relato ofrecemos al final del presente libro. Liu es un escritor en alza que ha publicado numerosos cuentos en los principales medios impresos y online de Estados Unidos durante los dos últimos años. Traduce esporádicamente al inglés obras de escritores chinos y arrastra a gran cantidad de seguidores en las redes sociales, principalmente Twitter.

Esta singular y emotiva historia obtuvo los premios Nebula, Hugo y World Fantasy —los más importantes galardones de la ciencia ficción y fantasía mundiales— del presente año en la categoría de relato corto, además de resultar finalista de otros premios importantes, como el Locus y el Theodore Sturgeon Memorial.

Además de «El zoo de papel», Liu ha escrito otras magníficas historias («The Five Elements of the Heart Mind», «Tying Knots», «The Literomancer», «Staying Venid», «Simulacrum», «Memories of my Mother») que espera puedan conformar algún día su primera antología propia. De momento, este relato constituye su primera aparición en castellano.

Puede parecer sorprendente que una antología que se define de ciencia ficción contemporánea se inicie con un relato de fantasía. Sin embargo, su esencia nos habla de la importancia de las raíces frente a la sociedad globalizada, realiza una descripción perfecta de nuestro presente cambiante y supone una magnífica forma de reflexionar acerca de nuestro futuro sin necesidad de *gadgets* tecnológicos.

Uno de mis recuerdos más antiguos comienza con mis sollozos. Me negaba a calmarme, sin importar lo que mamá y papá intentaran hacer.

Papá se dio por vencido y abandonó la habitación, pero mamá me llevó a la cocina y me hizo sentar a la mesa del desayuno.

—*Kan, kan* —me dijo, al tiempo que sacaba un papel de envolver de encima del refrigerador. Todos los años, mamá abría los envoltorios de los regalos de Navidad cortándolos con cuidado y los guardaba sobre el refrigerador, formando una alta pila.

Apoyó el papel con el lado del revés hacia arriba y comenzó a plegarlo. Dejé de llorar y me puse a observarla, curioso.

Dobló el papel y volvió a plegarlo. Lo plisó, apretó, remetiÓ, enrolló y retorció hasta que el papel desapareció entre sus manos ahuecadas. Luego se llevó a la boca el paquete de papel plegado y lo sopló como si fuera un globo.

—*Kan* —dijo—. *Laohu*.

Apoyó las manos sobre la mesa y lo soltó.

En la mesa había un pequeño tigre de papel del tamaño de dos puños puestos uno junto al otro. La piel del tigre era el dibujo del papel de envolver, un fondo blanco con barras de caramelo rojas y árboles de Navidad verdes.

Extendí la mano hacia la creación de mamá. Crispó la cola y se lanzó juguetonamente sobre mi dedo.

—*Raurrr-sa* —gruñó. El sonido era una mezcla de maullido de gato con crujido de papel de periódico.

Sobresaltado, me reí y le acaricié el lomo con el índice. El tigre de papel vibró bajo mi dedo, ronroneando.

—*Zhe jiao zhezhi* —dijo mamá. «Esto se llama *origami*».

Yo no lo sabía en ese momento, pero la estirpe de mamá era especial. Les insuflaba aire para que compartieran su aliento y, por consiguiente, se animaran con su vida. Esa era su magia.

Papá escogió a mamá de un catálogo.

Una vez, cuando estaba en secundaria, le pedí a papá que me diera detalles. Él estaba intentando que yo volviera a hablar con mamá.

Se había apuntado en el servicio matrimonial en la primavera de 1973. Pasando las páginas sin parar, sin detenerse más que unos segundos en cada una, encontró la foto de mamá.

Nunca he visto esa foto. Papá me la describió: mamá sentada en una silla, de perfil a la cámara, vestida con un ajustado *cheongsam* de seda verde. Su cabeza estaba vuelta hacia la lente, de modo que su largo cabello negro caía astutamente sobre su pecho y su hombro. Lo contemplaba con los ojos de una niña en calma.

—Fue la última página del catálogo que miré —dijo él.

El catálogo decía que tenía dieciocho años, que le encantaba bailar y que hablaba bien inglés porque era de Hong Kong. Nada de eso resultó ser cierto.

Papá le escribió y la empresa transmitió los mensajes de ida y vuelta. Finalmente, voló a Hong Kong para conocerla.

—La gente de la empresa había escrito sus respuestas. Ella no sabía nada de inglés, excepto «hola» y «adiós».

¿*Qué clase de mujer se incluye en un catálogo para que la compren?* La secundaria me hizo pensar que yo sabía mucho de todo. El desprecio me producía una sensación placentera, como el vino.

En lugar de irrumpir en la oficina para que le devolvieran el dinero, papá le pagó a una camarera del restaurante del hotel para que oficiara de traductora.

—Mientras yo hablaba, tu mamá me miraba con una mezcla de miedo y esperanza. Y cuando la joven empezaba a traducir lo que yo decía, comenzaba a sonreír lentamente.

Volvió a Connecticut e inició los trámites para que ella pudiera reunirse con él. Yo nací un año después, el Año del Tigre.

A petición mía, mamá también hizo una cabra, un ciervo y un búfalo de agua con papel de envolver. Corrían por toda la sala mientras Laohu los perseguía, gruñendo. Cuando los atrapaba, los apretaba hasta que se les salía el aire y se convertían en simples trozos de papel plegado aplastado. Entonces, yo tenía que soplarlos para volver a inflarlos y dejarlos correr por ahí un poco más.

A veces, los animales se metían en líos. Una vez, durante la cena, el búfalo de agua saltó a un plato de salsa de soja que estaba sobre la mesa (quería remojarse como un verdadero búfalo de agua). Lo saqué rápidamente, pero la capilaridad ya había actuado y sus patas habían absorbido el líquido oscuro hasta muy alto. Las patas ablandadas por la salsa no podían sostenerlo y se derrumbó sobre la mesa. Lo sequé al sol, pero después las patas le quedaron dobladas y renqueaba cuando corría. Al final, mamá le envolvió las patas con papel film para que pudiera remojarse a sus anchas (pero no en salsa de soja).

A Laohu también le gustaba abalanzarse sobre los gorriones cuando jugaba conmigo en el patio trasero. Pero, una vez, un pájaro acorralado lo atacó con desesperación y le rasgó una oreja. Laohu gimoteó e hizo muecas de dolor en mis manos hasta que mamá le unió la oreja con cinta adhesiva. Después de eso, siempre esquivó a los pájaros.

Y luego, un día, vi un documental sobre tiburones en la TV y le pedí uno a mamá. Ella lo hizo, pero el tiburón se sentía descontento aleteando sobre la mesa. Llené el fregadero con agua y lo puse dentro. Comenzó a nadar en círculos, feliz. Sin embargo, pasado un rato estaba empapado y translúcido y, lentamente, fue hundiéndose hasta el fondo, mientras los dobleces se deshacían. Metí la mano para rescatarlo y lo único que acabé por sacar fue un pedazo de papel mojado.

Laohu apoyó sus garras delanteras en el borde del fregadero y apoyó la cabeza sobre ellas. Con las orejas caídas, lanzó un débil gruñido que me hizo sentir culpable.

Mamá me hizo otro tiburón, esta vez con papel de aluminio. El tiburón vivía feliz en una pecera grande con peces de colores. A Laohu y a mí nos gustaba sentarnos junto a la pecera para observar al tiburón de papel de aluminio persiguiendo a los peces. Laohu pegaba la cara contra un lado de la pecera y yo, del otro lado, veía sus ojos, ahora grandes como tazas de café, mirándome fijamente.

Cuando yo tenía diez años, nos mudamos a una casa nueva en el otro extremo de la ciudad. Dos vecinas vinieron a darnos la bienvenida. Papá les sirvió unas bebidas y luego se disculpó por tener que salir corriendo a la empresa de servicios públicos para saldar las cuentas que había dejado el propietario anterior.

—Siéntanse como en su casa. Mi esposa no sabe mucho inglés, así que no crean que no les habla por falta de cortesía.

Mientras yo leía en el comedor, mamá desempacaba en la cocina. Las vecinas conversaban en la sala, sin intentar hacerlo específicamente en voz baja.

—Parece un hombre bastante normal. ¿Por qué lo hizo?

—Hay algo en el mestizaje que nunca resulta bien. El niño parece incompleto. Ojos rasgados, rostro blanco. Un

pequeño monstruo.

—¿Crees que él sabe hablar inglés?

Las mujeres callaron. Un rato después, vinieron al comedor.

—¡Hola! ¿Cómo te llamas?

—Jack —dije.

—No suena muy chino.

Entonces, mamá entró en el comedor. Les sonrió a las mujeres. Las tres permanecieron de pie a mi alrededor formando un triángulo, sonriendo y asintiendo con la cabeza, sin nada que decir, hasta que papá regresó.

Mark, uno de los chicos del vecindario, vino a visitarme con unos muñecos de *Star Wars*. El sable láser de Obi-Wan Kenobi se encendía y el muñeco podía balancear los brazos y decir con voz metálica:

—¡Usa la Fuerza!

Pensé que el muñeco no se parecía en nada al Obi-Wan de verdad.

Juntos, lo vimos repetir su actuación cinco veces sobre la mesa de café.

—¿Puede hacer algo más? —pregunté.

Mi pregunta molestó a Mark.

—Observa todos los detalles —me dijo.

Observé los detalles. No estaba seguro de lo que él esperaba que le dijera.

Mark quedó decepcionado con mi respuesta.

—Muéstrame tus juguetes.

Yo no tenía más juguetes que mi zoo de papel. Traje a Laohu de mi habitación. A esas alturas, ya estaba muy gastado, emparchado con cinta adhesiva y pegamento por todas partes, evidencia de los años de reparaciones hechas por mamá y por mí. Ya no era tan ágil ni tenía un andar firme como antes. Lo senté sobre la mesa de café. Podía oír

los pasos saltarines de los otros animales que, desde el pasillo, espiaban tímidamente la sala.

—*Xiao laohu* —dije, y me interrumpí. Pasé al inglés—. Este es Tigre.

Con cautela, Laohu se acercó a Mark dando grandes zancadas y le ronroneó, olisqueando sus manos.

Mark examinó los dibujos del envoltorio de Navidad que eran su piel.

—No se parece en nada a un tigre. ¿Tu mamá te hace juguetes con basura?

Yo nunca había visto a Laohu como *basura*. Pero, ahora que lo miraba, en realidad no era más que un trozo de papel de envolver.

Mark volvió a oprimir la cabeza de Obi-Wan. El sable láser se encendió; el muñeco movió los brazos de arriba abajo.

—¡Usa la Fuerza!

Laohu se volvió y se abalanzó sobre él, haciendo caer de la mesa a la figura de plástico. Fue a parar al suelo y se rompió; la cabeza de Obi-Wan rodó bajo el sofá.

—Rauuuuu —rio Laohu. Yo también me reí.

Mark me dio un puñetazo, muy fuerte.

—¡Costó muy caro! Ya ni siquiera se puede encontrar en las tiendas. ¡Probablemente costó más de lo que tu papá pagó por tu mamá!

Tropecé y caí al suelo. Laohu gruñó y saltó a la cara de Mark.

Mark gritó, más por el miedo y la sorpresa que por el dolor. Después de todo, Laohu estaba hecho de papel.

Mark agarró a Laohu, ahogando su gruñido conforme lo abollaba con la mano y lo rompía por la mitad. Hizo dos bolas con los trozos de papel y me las arrojó.

—Ahí tienes tu estúpida basura china barata.

Después de que Mark se marchara, pasé un largo rato tratando, sin éxito, de unir los pedazos con cinta adhesiva, de alisar el papel y volver a plegar a Laohu siguiendo las

marcas de doblez. Lentamente, los demás animales vinieron a la sala y se reunieron alrededor mío y del papel de envolver roto que alguna vez había sido Laohu.

Mi pelea con Mark no terminó allí. Mark era popular en la escuela. No quiero volver a pensar nunca más en las dos semanas que siguieron.

Un viernes, al final de esas dos semanas, llegué a casa.

—¿*Xuexiao hao ma?* —preguntó mamá. No dije nada y fui al baño. Me miré en el espejo. *No me parezco en nada a ella. En nada.*

En la cena, le pregunté a papá:

—¿Tengo cara de amarillo?

Papá bajó los palillos. Aunque yo nunca le había contado lo que sucedía en la escuela, pareció entender. Cerró los ojos y se frotó el puente de la nariz.

—No.

Mamá miró a papá sin entender. Volvió a mirarme a mí.

—¿*Sha jiao* «Amarillo»?

—En inglés —dije—. Habla en inglés.

Ella lo intentó.

—¿Qué pasar?

De un empujón, alejé de mí los palillos y el cuenco: pimientos verdes salteados y carne con cinco especias.

—Deberíamos comer comida norteamericana.

Papá trató de razonar.

—Muchas familias cocinan comida china de vez en cuando.

—Nosotros no somos otras familias. —Lo miré. *Otras familias no tienen madres que no encajan.*

Miró a otro lado. Y luego apoyó una mano en el hombro de mamá.

—Te traeré un libro de cocina.

Mamá se volvió hacia mí.

—¿*Bu haochi?*